

Han pasado por lo menos 15 consultas desde que apareció por la puerta un hombre canoso de escuálida figura, con mala cara y poca actitud. Venía escoltado por el agente que solía acompañar a los pacientes a mi clínica. Mi trabajo consiste básicamente en determinar si un hombre que ha cometido un delito lo ha hecho en plena conciencia o tiene algún tipo de demencia que le ha impulsado a ello. Después de escuchar el motivo por el que aquel sujeto había acabado entre rejas y los sucesos precedentes a este, supuse un claro caso de locura. El hombre había decidido liberar a unos convictos durante su traslado a prisión y, no se sabe bien por qué o de qué manera, consiguió acabar tirado en el suelo cubierto de moratones como agradecimiento a su hazaña. En su expediente constaba: pérdida de noción de la realidad, visiones ocasionales, etc. La gente de su alrededor temía que se hubiese vuelto completamente loco.

Durante las primeras sesiones que tuve con el pobre viejo, él me explicaba como todos sus actos estaban guiados por el honor y un código que pocos entendían. Hablaba de todo y nada a la vez, como queriendo decir mucho pero sin dejar nada en claro. A medida que el número de sesiones iba aumentando percibía en él algo que no se me había presentado en mis treinta años de carrera. Sin duda alguna era un hombre que realizaba locuras, pero dudo que las realizara por falta de cordura. Todo lo contrario, sus acciones eran premeditadas y hechas a conciencia. En nuestras conversaciones atisbaba a un hombre que simplemente no sabía qué más hacer con su vida y que había decidido no desaprovechar sus últimos días atascado en un sofá o metido en un asilo para mayores.

Este caso me maravillaba y ocupaba todo mi pensamiento. Jamás había visto mezclada de tal manera la locura y la cordura que no podía distinguir cuál de ellas habitaba realmente en mi paciente.

El plazo para entregar el informe llegaba a su fin así que me dispuse a redactarlo:

Estimado señor juez:

Tras estudiar al paciente que me encargasteis hace menos de dos meses he llegado a una irrevocable conclusión, y pocos entenderán las razones que me han llevado a esta.

Tras este tiempo he llegado a conocer las últimas razones por las que este hombre realiza todos y cada uno de sus actos y puedo decir con determinación que Alonso Quijano no está, de ninguna manera, loco. Aunque sus acciones no están guiadas por ningún tipo de malicia, sino más bien el deseo de una vida interesante, tampoco están determinadas por ningún tipo de enfermedad mental.

Siempre a su disposición,

Doctor Sancho Panza.